

BIBLIOGRAFÍA

filosofía de la cultura, similar a la de Max Weber y Parson. Corsi contrapone las nuevas tecnologías informativas, la teoría de la educación y un nuevo ideal de formación de tipo sociológico. Clam aborda de una forma decidida el problema de la fundamentación última en el pensamiento postmetafísico posterior a Heidegger, siguiendo la teoría de sistemas. Niels Weber aplica el constructivismo operativo de la teoría de sistemas a la formación de la opinión pública. Simon analiza las ciencias de la familia desde el punto de vista psicoanalítico y social. Blaich analiza los sistemas de ayuda social. Hellmann los movimientos sociales, desde una crítica de las ideologías, que a su vez exige la construcción de un nuevo sistema social funcionalista aún más diferenciado. Finalmente, Scherr y Dammann analizan el déficit humanístico y democrático que especialmente Habermas ha criticado a las *tecnologías sociales* de Niklas Luhmann, sin tener en cuenta la totalidad de sus propuestas.

Para concluir, una reflexión crítica: en la presente publicación sólo se recurre a la reflexión sobre el funcionalismo para volver a introducir aún con más fuerza los planteamientos sociologistas que se intentan contrarrestar. Esto es especialmente claro cuando se refiere a la religión, a la educación, o a la propia filosofía. No parece que en ningún caso la búsqueda de un sistema de compensaciones recíprocas permita encontrar el *punto medio ideal*, que sea capaz de dotar de sentido a estos distintos *sistemas autopoieticos* de identificación personal, como ahora se caracteriza a los diarios, a la confesión, etc., cuando simultáneamente el propio funcionalismo reconoce el carácter *fragmentario* de todos estos procesos, sin poder garantizar el logro de una *mejor comprensión* sino, en el mejor de los casos, de una simple *comprensión diferente*.

Carlos Ortiz de Landázuri

Donati, Pierpaolo: *Il lavoro che emerge. Prospettive del lavoro come relazione sociale in una economia depo-moderna*, Bollati Boringhieri, Torino, 2001, 245 págs.

La tesis básica de Donati en este libro es que, lejos de acercarnos hacia el “fin del trabajo” (Rifkin), la sociedad actual asiste a la emergencia de un nuevo sentido del trabajo. Los problemas que enfrentan las so-

ciedades post-industriales surgen de una concepción del trabajo como un recurso meramente instrumental, abstracto y mecánico –pura mercancía o “commodity”–. Por eso, gran parte de los remedios propuestos para combatir la desocupación son estériles o tienen efectos perversos. Según Donati, esta situación es debida a la ausencia del reconocimiento del trabajo como relación social entre productores, distribuidores, consumidores y otros portadores de intereses.

Decir que el trabajo es, ante todo, una relación social implica adoptar una amplia semántica de la actividad profesional, que trascienda la lógica funcional. El sistema económico actual subordina funcionalmente todos los recursos que emplea al afán de crecimiento y eficiencia, con lo que el trabajo humano no puede ser considerado más que como un instrumento al servicio del sistema, funcionalmente equivalente a cualquier otro recurso, como la tecnología productiva o de la información. No se trata de encontrar culpables a esta realidad, pues la especialización evolutiva de los sistemas sociales –según el análisis de Luhmann– responde más a una dinámica autopoiética que a una intencionalidad por parte de grupos sociales particulares.

Desde el punto de vista de la ocupación –prestación a cambio de salario– el trabajo es, obviamente, un factor de producción sujeto a las reglas del mercado, atenuadas por la legislación y los beneficios sociales adquiridos a lo largo del siglo XX. Sin embargo, es un hecho que el trabajo humano no se reduce a ser un mero recurso en el contexto de un sistema económico nacional o global. Es más, que el trabajo haya llegado a ser conceptualizado como mera prestación es la consecuencia de una específica construcción sociocultural de la conciencia occidental. Por eso mismo, la semántica del trabajo continúa abierta a procesos de morfogénesis cultural y estructural (Archer) a los que es preciso atender para hacernos cargo del estado actual de nuestras sociedades.

De esta forma, la relación social que llamamos trabajo no se reduce a la ocupación o al empleo, sujeto a vinculaciones estructurales (relación como *religio*). Incluye también una dimensión simbólica, una constelación de valor que no está determinada por el contexto estructural en el que surge (relación como *refero*). Así, se observa cómo los jóvenes que acceden por primera vez al desempeño de un puesto laboral buscan no sólo ni principalmente un salario en forma de dinero, sino también algo más profundo: la adquisición de una identidad social en referencia a su propio desarrollo personal y a su inserción en un contexto social de reconoci-

miento. El trabajo adquiere, así, el valor principal de implicación en la búsqueda de significados existenciales.

Por otra parte, como toda relación social, el trabajo ha de ser observado como un fenómeno emergente, no predecible desde las condiciones culturales y estructurales en las que se ejerce, precisamente porque es una actividad socialmente mediada, un hecho societario que adquiere nuevos valores mediante la interacción recíproca entre productores, distribuidores y destinatarios, de acuerdo con reglas, recompensas y sanciones siempre nuevas y cambiantes. Donati se extiende en la descripción de los procesos de morfogénesis cultural y estructural en las sociedades contemporáneas para mostrar cómo nuevas características del trabajo van desplazando a las propias de la época moderna: el trabajo asalariado, abstracto, rígido, instrumental, útil individualmente y medido según un tiempo cuantitativo, va dejando paso a formas de trabajo cada vez más autónomo, concreto, flexible, expresivo, útil socialmente y medido en tiempo cualitativo.

De hecho, la lógica relacional por la que se rige el trabajo ya no se limita a la lógica del capital instrumental. Nuevas formas de capital han hecho su aparición en los sistemas económicos, hasta el punto de diferenciar internamente las estructuras empresariales. Donati menciona como particularmente relevantes, el capital político –la capacidad de movilizar en consenso recursos materiales y humanos hacia un proyecto empresarial–; el capital social –redes de acción empresarial basadas en la confianza y la reciprocidad–; y el capital cultural (o intelectual) –habilidades y capacidades personales de los profesionales–. La consecuencia más sobresaliente de este proceso de diferenciación es la especificación de diferentes lógicas económicas ya no orientadas funcionalmente hacia los resultados financieros inmediatos, precisamente porque el intercambio social en cuyo seno se produce y reproduce se guía por diferentes medios de intercambio –formas de “dinero” no monetario– y por patrones de valor alternativos.

En definitiva, la complejidad de la sociedad actual muestra la insuficiencia del concepto industrial de trabajo como ocupación asalariada. A partir de los principios de su “sociología relacional”, Donati ilustra un aspecto central de nuestra forma de vida y aporta criterios para orientar las iniciativas públicas y privadas que la crisis presente del trabajo exige.

Pablo García Ruiz